MARVEL STUDIOS

CAPITANA MARVEL

MÁS ALTO, MÁS LEJOS, MÁS RÁPIDO.

LIZA PALMER

MÁS ALTO, MÁS LEJOS, MÁS RÁPIDO

LIZA PALMER

MARVEL

© 2019 MARVEL
Todos los derechos reservados
Publicado en España por: Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: febrero de 2019
ISBN: 978-84-16914-51-7
Depósito legal: B. 147-2019
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

—ES QUE NI TE MOLESTAS —ME BURLO.

El estruendo rasga el cielo. Se está acercando.

—No puedes esconderte de mí. —Cierro los ojos—. Te reconocería en cualquier parte.

El motor ruge, como un trueno, por respuesta, y hace temblar el suelo mientras se aproxima.

—Te tengo —digo, sonriendo.

Se me ponen los pelos de punta cada vez que oigo su rugido más y más cerca. Y justo cuando pasa por encima de mí, le grito:

—¡Eres el P-51D Mustang! —Abro los ojos justo cuando el piloto alinea el avión con la pista—. ¡Lo sabía! —grito en un tono triunfal hacia el cielo.

Sentada con la espalda apoyada en el capó de mi coche,

observo al piloto aterrizar hábilmente el P-51D Mustang en un aeropuerto cercano. El chirrido de sus ruedas indica que tanto el vehículo como el piloto están sanos y salvos. El cielo se queda en silencio una vez más.

Con un suspiro, desenrosco mi vieja cantimplora y doy un sorbo al té todavía caliente. Puedo sentir la calidez bajándome por la garganta. Arranco un pedazo de tostada con mermelada que sobrevivió con valentía las largas horas de viaje por carretera, y me tapo con mi manta de cuadros. De donde vengo suele ser más que suficiente para protegerse del frío de las primeras horas del día. Pero hoy, incluso estando muy abrigada, me he dado cuenta de que el tiempo de Colorado es mucho más gélido y va a ser algo a lo que voy a tener que acostumbrarme.

Y entonces… lo siento en mi pecho antes siquiera de que mis oídos lo oigan. Otro magnífico estruendo entre las lejanas nubes.

Cierro los ojos, alzo la vista al cielo y escucho el runrún del motor aletear como una mariposa, ligero como una pluma, hacia la pista. Me detengo a pensar que, en verdad, siempre he sido muy feliz sentada en el capó de mi coche con la misma manta de cuadros, la misma cantimplora llena de té caliente y mi tostada con mermelada, oyendo a los aviones despegar y aterrizar. Puede ser que el paisaje sea diferente, pero sigo intuyendo este mismo juego, da igual donde sea;

esos sonidos están profundamente grabados en mi mente, tan familiares como los de tu canción favorita.

—Piper Saratoga —susurro a modo de reverencia.

Abro los ojos justo cuando el pequeño avión me sobrevuela y sonrío por tener razón, una vez más.

Miro el reloj. Aún es pronto. Demasiado pronto, pero no puedo esperar más. He estado toda mi vida esperando. Y ahora que el día ha llegado, ya no puedo contenerme más.

Hoy incluso no parece que sea real.

Tuve una vez un sueño que se volvió un deseo que no me atrevía a decir en voz alta. Pero entonces, con cada paso, con cada casilla marcada, con cada solicitud, con cada redacción, con cada carta de recomendación, con cada prueba física, y con cada sobre que me llegaba al correo contenía la respiración con la esperanza de conocer si realmente había tenido la oportunidad de convertirme en la persona que siempre me había imaginado.

Y entonces llegó la carta, y pasó a ser una promesa. Y esa promesa pasó a ser un día con un círculo rojo alrededor en mi calendario, y luego a una lista de equipaje, y esa lista pasó a ser una pila desordenada en mi cama que, definitivamente, no iba a caber en ninguna mochila. Y entonces cargué esa mochila en mi Mustang a tope de gasolina, ese Mustang con el que me alejé de mi ciudad natal que siempre supe que no podría retenerme.

Y ahora, ese Mustang a tope de gasolina está aparcado fuera de este pequeño aeropuerto en Colorado, así que me vuelvo a sentir yo misma estando en estas increíbles horas antes de que ese lejano sueño se haga realidad.

Hoy empiezo en la Academia de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. Y por fin voy a volar.

Voy a pasar los próximos cuatro años asegurándome de llegar a ser la mejor piloto posible. Piloto Danvers, o piloto de primera clase Danvers. ¿Y si soy la sargento mayor Carol Danvers? O incluso segunda teniente Danvers. No… mejor:-capitana Carol Danvers, la primera mujer piloto de guerra en las Fuerzas Aéreas.

Dejo escapar en el aire frío de la mañana una bocanada de aliento a causa del entusiasmo. No puedo retrasarme más. Enrosco el tapón de mi cantimplora con fuerza, sabiendo perfectamente que se va a derramar de todas formas. Hago una bola con la servilleta con la que previamente había enrollado mi tostada con mermelada, y bajo del capó de mi coche deslizándome cuidadosamente. Abro el maletero de mi Mustang, que emite un crujido, y coloco dentro la manta de cuadros doblada, junto con la cantimplora y la servilleta hecha una bola. Desplazo mi mochila y noto que estoy temblando y me siento nerviosa mientras arreglo y ordeno los bártulos del maletero. Quiero llegar allí y no llegar al mismo tiempo.

Es casi como si no quisiera despertar de mi profundo sueño para darme cuenta de que no puedo...

No.

He nacido para volar.

De todas las cosas de las que alguna vez dudé, esa nunca fue una de ellas.

Cuando me lleno de una renovada voluntad, cierro el maletero con decisión.

Siento otro rugido leve de un avión sobrevolando en el fondo de mi estómago cuando camino hacia la puerta del conductor. Rozó con mis dedos la manija. El runrún del motor me estremece cada vez que el avión se aproxima. Ruge y ronronea a la vez. Es tan magnético como amenazante. Y más bello que cualquier cosa que haya oído jamás.

Cierro los ojos y presto atención, incapaz de resistir una última vuelta. No es un Cessna. Por supuesto que no. Descartaría todos los Beechcrafts, así que tampoco es un avión más nuevo. ¿Un Marchetti? No. Es... Podría ser un viejo Ryan PT-22, pero eso es... No. No es eso. Agacho la cabeza, frunzo el ceño, mientras mi memoria examina exhaustivamente cada avión, cada motor, cada rugido que registro. Al final, sacudo la cabeza y dejo escapar mi propio gruñido de frustración.

Por primera vez en años, no puedo averiguar de qué tipo de avión se trata.

Protejo mis ojos del sol recién salido y miro para contemplar un biplano amarillo con toques rojos y azules. Mientras el avión vuela sobre mi cabeza, me aprendo cada impresionante curva que describe.

Descubriré qué clase de avión es.

Me doblo hasta entrar en el asiento del conductor por la ventanilla abierta —la puerta delantera lleva estropeada ya varios meses—, me ajusto el cinturón y enciendo el motor, que regresa a la vida mientras echo un vistazo a las direcciones que apunté y las comparo con mi mapa manoseado, con la lengua entre los dientes, muy concentrada, trazando la ruta dibujada. Me llevará otros treinta minutos llegar hasta allí, y aun así estaré dos horas antes de tiempo. Doblo mis direcciones ya arrugadas bajo la guía, enciendo la radio y comienzo la difícil elección de cadenas hasta dar con una buena para escuchar el resto del viaje. Que consiga buena señal o no en estas carreteras de montaña es un misterio.

Justo cuando creo que he encontrado una emisora que promete, en la que emiten los 40 Principales, una mancha oscura seguida por una estela de polvo casi me golpea de refilón. Sintonizo el dial de la radio y observo la mancha oscura que deja el tramo vacío a toda velocidad, seguida muy de cerca por un pequeño Honda azul. Una chispa de curiosidad se enciende en mí, y entonces, tengo la inconfundible sensación de que algo no marcha bien. «Déjalo, Danvers»,

me avisa mi voz interior. «Estás muy cerca. No la fastidies como solo tú sabes fastidiar las cosas».

Pero no pasa nada porque lo compruebe, ¿no?

La emisora de radio crepita cuando pongo el coche en marcha. Los primeros acordes de algún número uno empiezan a sonar tan claros como las campanas. Me aseguro de que no haya más manchas acercándose a mí y salgo tras los dos coches. Ahora mi persecución tiene como banda sonora una balada de telenovela sobre los peligros del amor. No es el rollo que necesito en estos momentos, querida.

Me voy acercando al pequeño Honda azul y me pongo a su lado, y entonces veo algunos rasguños de pintura negra a lo largo de la ahora arrancada puerta del conductor. Los rasguños parecen extenderse por toda la parte frontal. Una chica detrás del volante se detiene a mirarme. Hago mi mejor esfuerzo por gesticular si se encuentra bien y por preguntarle qué ha pasado. Me extiende su brazo, que revela un uniforme de restaurante de comida rápida, arrugado y manchado. Y a través de gestos me da a entender lo siguiente: «Me ha golpeado». Entonces mueve en el aire sus pequeños dedos de tal forma que estoy segura que quiere decir que la mancha oscura golpeó su coche y huyó. Su rostro transmuta de la rabia a la preocupación cuando su coche comienza a ir lento y a barbotar por el daño ocasionado. Golpea el volante una y otra vez mientras el coche continúa deteniéndose.

Oh, mierda, no. Si hay una cosa en la que soy una inútil, son los pequeños Hondas azules magullados y trasteados de este mundo por grandes manchas oscuras. Vamos allá.

Toco el claxon y bajo la ventanilla. La chica me mira. Me señalo y luego repito la misma acción hacia la mancha oscura. Su cara se descompone en sollozos y adivina lo que le he dicho.

—¿Puedes seguir? —pregunto en voz alta, por encima de la armoniosa melodía de la balada.

Ella asiente y se da una palmada en su rostro lloroso, con determinación. Levanto los pulgares hacia arriba en señal de aprobación y ella me devuelve el mismo gesto, con fuerza. Piso el acelerador del Mustang y continúo la persecución, con Lionel y Diana coreando de fondo que estarán para siempre en los brazos del otro. Sé exactamente a qué lugar se dirige la mancha oscura. Gracias a haber revisado meticulosamente el mapa, sé que hay un atajo que lleva a la autopista a unos cinco kilómetros siguiendo esta carretera. Pero conozco otra salida. Una más rápida.

Tomo una curva con un giro cerrado hacia una serpenteante carretera de montaña. El Honda azul ya se ha quedado muy atrás. Cuando acelero para tomar la siguiente curva, puedo ver la mancha oscura precipitarse hacia un nuevo acceso a la autopista. Paso la mirada de la mancha a las señales de la gasolinera, aflorando en el horizonte, y estampo mi pie en el acelerador.

Justo cuando se oyen las sirenas.

—Perfecto —me digo, mirando hacia atrás para comprobar que he llamado la atención de un policía estatal.

Hago un derrape al tomar la curva para descender la vía, con las sirenas protestando detrás de mí. Consigo llegar por fin al pie de la montaña justo a tiempo para ver la mancha oscura detenerse en el último semáforo antes de incorporarse a la autopista. De cerca, me doy cuenta de que la mancha oscura es en realidad un Jaguar negro, y que presenta arañazos y desperfectos, y tiene rayones azules por abajo. El hombre que conduce el Jaguar debe de tener bastantes agallas porque apoya el brazo relajadamente en la ventanilla abierta mientras da una larga calada a su cigarrillo. Mis ojos van rápidos del Jaguar a la intersección vacía, al acceso a la autopista, a la gasolinera en la esquina, y doy un breve vistazo atrás al policía dándome alcance.

Solo hay una cosa que hacer.

Presiono el acelerador y desciendo a toda velocidad por la intersección vacía, aproximándome frontalmente al Jaguar y frenando de golpe, justo a unos centímetros de su parachoques. Detengo mi vehículo, silenciando a Lionel y Diana, y salgo por la ventanilla de un salto.

—Has chocado contra mí y has huido —le digo fríamente, dirigiéndome hacia el hombre.

El policía frena bruscamente detrás de mi coche, las

sirenas al fin se quedan mudas. Observo al tío del Jaguar sopesando los pros y los contras. No sabe si contestarme a lo que le pido o escabullirse del policía.

—¡Mueve ese trasto! —vocifera finalmente, tirando la colilla de su cigarrillo a la carretera.

—¡Quédate ahí mismo! —grita el policía. Y entonces suelta un confuso—: ¿Los dos?

Y mientras sale del coche, me percato de que es una mujer.

—Él me golpeó y salió huyendo —le digo, señalando al hombre que sutilmente empieza a dar la vuelta para intentar escapar.

Observo que la policía está examinando los daños en el Jaguar.

—Te he ordenado que te quedes quieto —le dice la policía al hombre con la voz calmada y a la vez cortante.

Él sigue dando la vuelta lentamente. ¿De verdad se cree este tío que puede escaparse? La policía apenas arquea la ceja. El hombre resopla y al final aparca el coche justo cuando el pequeño Honda azul aparece renqueante bajando la montaña y llega a un descanso en la gasolinera. La chica baja del coche y corre muy atropellada hacia nosotros con la cara aún empapada de lágrimas.

—Me ha dado con el coche —le comenta a la policía—. Vino al autoservicio cuando acababa mi turno. Se estaba echando kétchup a las patatas fritas, y la verdad, yo no prestaba mucha atención, y de repente chocó contra mí.

La policía escucha a la chica con un ojo firmemente puesto en el hombre del Jaguar que, una vez más, está dando la vuelta hacia el acceso a la autopista.

—Tú. —La policía señala con el dedo al hombre—. Fuera del coche.

Yo comienzo a caminar en dirección a mi Mustang cuando…

—Y tú… —Ahora la policía me señala a mí—. Siéntate en esa acera.

—Pero…

—Que te sientes.

La policía nos toma declaración a todos, anota nuestros datos, e incluso le echa una mano a la chica para que contacte con su compañía de seguros y da instrucciones en la gasolinera para que puedan reparar su coche. Una hora después, el Jaguar ha sido incautado, al hombre le han puesto una multa y lo han detenido. El pequeño Honda azul se ha quedado en el taller de la gasolinera, y la chica ha utilizado la cabina telefónica de este para llamar a su madre. Mientras la chica se va con el coche de su progenitora, me mira de espaldas —yo aún sentada sobre la acera como me dijeron, sí señor— y agita la mano despidiéndose de mí, con una sonrisa marcada en sus labios. Le devuelvo el saludo.

Finalmente, la policía se dirige hacia mí, sin prisa. Me impulso para levantarme, me sacudo la suciedad de los

pantalones y le extiendo la mano, haciendo que mi voz suene lo más formal posible:

—Agente, mi nombre es Carol Danvers. Hoy comienzo en las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos; es decir, en USAFA. Tengo que…

Ella ignora mi mano extendida y me interrumpe.

—Has quebrantado la ley, y eso es solo el principio, porque no he visto tu pequeño *tour* de carrera de montaña al completo, pero estoy segura de que te has saltado, como mínimo, unas cinco normas de Colorado —me dice.

Yo bajo la mirada hacia su chapa. WRIGHT. Su pelo tiene un color natural y lo lleva casi rapado. La piel, un poco rojiza a los lados de los ojos, arrugada de sonreír, pero no es a mí, o no por de ahora, sino, ya sabes, a otra gente en otros sitios.

Estiro el pulgar en dirección al asiento de atrás de su coche, donde el hombre del Jaguar está aguardando a la justicia, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Él ha chocado su coche y se ha dado a la fuga. Él es el verdadero infractor —concluyo.

—Así que eso te hace…

—¿Menos mala?

—Ajá.

La policía saca su libreta de multas.

Empiezo a entrar en pánico.

—Por favor. Yo... no podía dejarlo escapar. No pensé, quiero decir...

—Exacto. No pensaste.

—No tenía tiempo. Se estaba escapando.

Estoy a punto de lanzar mil motivos sobre por qué lo que he hecho es justificable, y entonces quizá también alguna anécdota de paso porque sí. Aparentemente es algo que suelo hacer y esta policía no es la primera autoridad que me recrimina que tengo problemas con, bueno, decir las cosas antes de pensarlas concienzudamente; y no, no siempre me ha funcionado, pero nunca me he arrepentido de haberlo hecho, ni una sola vez. En vez de pensar en eso, recuerdo que hoy es supuestamente el día en el que mis sueños se convierten en realidad, no el día en que se me recuerde que, incluso en mis sueños, sigo siendo yo misma.

Trago saliva. ¿Y si me pone una multa y me lo cargo todo? ¿Y si USAFA me echa del curso antes de siquiera haberlo empezado? Finalmente, se me ocurre esto:

—Por favor, estoy a punto de ser piloto.

—Me recuerdas mucho a mí cuando tenía tu edad —dice la policía.

Doy un pequeño resoplido.

—Esto no es un piropo —continúa.

—Oh, ejem...

—¿Eras la más lista de la clase? ¿La más rápida?

Yo asiento, siguiéndole el juego.

—Sí, yo también lo era. Déjame decirte cuál es el problema. Cuando crees que lo sabes todo, cuando todo te resulta tan fácil…

—No es fácil —le respondo, incapaz de morderme la lengua con su pequeño sermón. Ella espera unos momentos—. Está bien. Es casi fácil. ¿Qué tal así? Siempre con una excusa preparada para cuando las cosas se ponen feas. Que se pondrán, más de lo que esperas…

Ahora es mi turno para interrumpirla.

—Creo que prefiero solo la multa —le digo.

En el rostro de la policía aparece una sonrisa ladina. Una inclinación controlada, y entonces saca de repente su libreta de multas y un bolígrafo, y comienza a escribir. El corazón me da un vuelco, pero intento no transmitir ninguna señal de miedo en mi cara.

—Voy a dejarte marchar, pero te amonesto —me dice la policía, arrancando el papel de la libreta.

—Oh —exhalo. Ni me había dado cuenta de que había estado aguantando la respiración—. Grac...

Me coloca el papel en la mano.

—Léelo.

—Así que es una advertencia *seria*. Pensaba que «Te amonesto» quería decir que tuviera cuidado, no que realmente fuera… —la policía levanta la ceja— algo importante —termino de decir de forma poco convincente, pero me callo y leo.

Hay dos palabras garabateadas en el papel: *Permítete aprender*. Pensaba que una advertencia sería algo más amenazante.

—¿Que me permita aprender?

—Vas a tener que tomar decisiones rápidas allá arriba y aquello que te perjudicará a ti y a todos tus compañeros, en un abrir y cerrar de ojos, es creer que lo sabes todo.

—¿Qué significa esto?

—Las mejores decisiones rápidas surgen del conocimiento. Puedes actuar pronto y ser impulsiva, pero sabes lo que estás haciendo. Y sabrás lo que estás haciendo si tienes la paciencia para dejarte aprender. Imagínatelo así: cada cosa nueva que aprendas, y me refiero a «aprender», te quita esas espontáneas decisiones de impulsividad e irreflexión allá arriba. —Estoy a punto de abrir la boca cuando me corta y continúa—: Sé que no es tan divertido como ir a toda velocidad por una carretera de montaña, pero… —Hace una pausa—. ¿Harás esto por mí?

—Sí, señora.

Ella asiente.

—Entonces, buena suerte allá arriba, Danvers.